

Las Tres Venecias

Viajes por la Italia mitteleuropea

JORGE CANALS PIÑAS



LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones



Es doctor en Filología Hispánica por la Universidad Autónoma de Barcelona y actualmente profesor titular en el Departamento de Filosofía y Letras de la Universidad de Trento. Desde hace treinta años vive y transita por diferentes enclaves de Europa Central. Ha impartido actividad docente en las Universidades de Liubliana (Eslovenia) y Trieste. Sus investigaciones más recientes se centran en la literatura de viajes y en la presencia de reporteros españoles en los frentes alpinos de la Gran Guerra.

Además de otras publicaciones de su especialidad ha colaborado en medios como *Clarín*, *Altair*, *Leer*, *Quimera* o *Viajes National Geographic*. En la actualidad reside en el valle italiano de Alta Valsugana, en la región de Trentino-Alto Adigio. Desde este privilegiado observatorio, con *Las Tres Venecias* se aproxima a las complejas raíces culturales de la población que vive en estas regiones de frontera tan castigadas por la historia.



Las Tres Venecias

Viajes por la Italia mitteleuropea

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

Título de esta edición: *Las Tres Venecias. Viajes por la Italia mitteleuropea*

Primera edición en LA LÍNEA DEL HORIZONTE Ediciones: abril de 2020

© de esta edición: LA LÍNEA DEL HORIZONTE Ediciones

www.lalineadelhorizonte.com | info@lalineadelhorizonte.com

© del texto: Jorge Canals Piñas, 2020

© del mapa : Eduardo Bustillo para Geocyl Consultoría

© de las fotografías de interior: Jorge Canals Piñas, pág. 12; Alex Azabache, pág. 22; Damiano Baschiera, pág. 50 ; Michele Mescolin, pág. 112

© de la maquetación y el diseño gráfico:

Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico

Depósito Legal: M-8948-2020 | ISBN: 978-84-17594-73-2 | THEMA: WTL; 1DST

Imprime: Estugraf | Impreso en España | Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

LAS TRES VENECIAS

VIAJES POR LA ITALIA MITTELEUROPEA
(TRENTINO, ALTO ADIGIO
Y LA VENECIA JULIA)

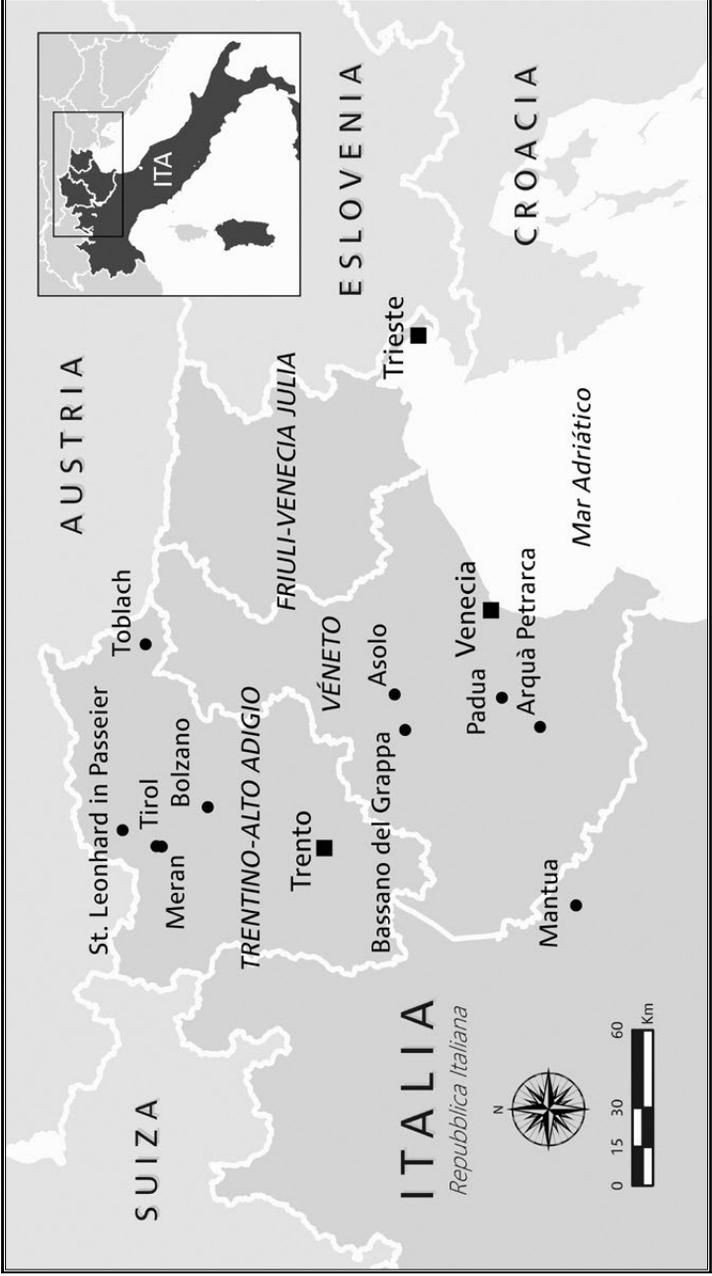
-

**JORGE
CANALS PIÑAS**

-

COLECCIÓN
FUERA DE SÍ. CONTEMPORÁNEOS
Nº18

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones



ÍNDICE

PREFACIO	(15)
<i>MELTING POT</i> EN SALSA ADRIÁTICA	(21)
<i>Venezian nato e spuà</i>	(23)
Los olvidados	(31)
Un forjador de palabras	(38)
ATRAPADOS EN EL LABERINTO	(49)
Tras el aroma del azahar	(51)
Un sorbo de cicuta	(57)
Turistas por un día (manual de prescripciones)	(63)
La ciudad interior	(70)
El alquimista	(77)
Adivina adivinanza...	(85)
Breve <i>excursus</i> petrarquesco	(90)
Espejismos persas en la llanura del Véneto	(94)

ÍNDICE

UN VIAJE A LAS RAÍCES	(111)
La persistencia del mito	(113)
Invasiones	(124)
En busca del surtirolés perdido	(131)
Rayos y centellas	(139)
<i>Rosebud</i>	(146)
Dolomia	(155)
Por un puñado de táleros	(164)
<i>Let the wind speak</i>	(171)
Supervivientes	(187)
<i>Der Abschied</i>	(199)
Y PORQUE EL VIAJE DEBE CONTINUAR...	(203)



*Passibus ut tacitis hæc transit mobilis umbra, sic
transit quidquid mobilis orbis habet¹.*

*Wenn wir vorüber sind, die Maurn bestehn, so
Gott es will, in ferner Zeit².*

1 En un reloj de sol del monasterio benedictino de Marienberg (Vinschgau: Südtirol). «Así como esta sombra se desplaza con pasos silenciosos, pasará en silencio todo aquello que en el mundo tiene movimiento».

2 Haussegen des Bauern. «Y cuando llegue el final, los muros de nuestro caserón —así Dios lo quiera— permanecerán en pie, también en tiempos futuros». En dialecto tirolés y extraído de un poema popular de tradición exclusivamente oral: el «Haussegen des Bauern» («La bendición del granjero»). Ambas traducciones libres son del autor.

PREFACIO



Con el nombre de Tres Venecias, o Trivéneto, se ha designado —en algunos períodos de la historia de Italia (y no precisamente de los más faustos)— a aquellos territorios del nordeste de la península que en su día formaron parte del Imperio Austro-Húngaro. Territorios que, al cabo de luchas alentadas por los cabecillas irredentistas que en ellos tomaron gradual liderazgo, fueron quedando uno tras otro anexionados a Italia.

Trentino, Alto Adigio y la Venecia Julia fueron las provincias que durante un lapso de tiempo mayor permanecieron ligadas a la cultura centroeuropea que irradiaba de la corte de Viena. Fueron también las que más tarde se desvincularon de la protección imperial. Algo a lo que tan solo llegaron en 1918, por más que para ello tuvieron que hacer frente al desenlace traumático de la Gran Guerra. Para bien y para mal, el Tratado de Versalles descabezó el primer ambicioso experimento de Estado multiétnico, donde se habían profesado libremente religiones que nuestros tiempos convertirían en irreconciliables y cuyo *Kaiserhymne* se cantaba en las once lenguas oficiales del Imperio. La Repubblica Serenissima de Venecia había conseguido, en cambio, mantener su soberanía frente a Austria hasta el momento en que, al sur de los Alpes, se abatió el vendaval napoleónico. Desde entonces el territorio veneciano se convirtió en juguete en manos de las grandes potencias, las cuales se disputaron su dominio hasta 1866, fecha en la que —junto con buena parte del territorio de Friul— pasó definitivamente a formar parte de los dominios del joven Reino de Italia.

Vivir, caminar, adentrarse en esta geografía nororiental de la península italiana, debería permitir descifrar los enigmas identitarios con mayor comodidad que recorriendo otras latitudes europeas. Debería facilitar, por lo demás, un cómodo y desapasionado balance. Debería,

asimismo, permitirnos calibrar si el culto a las propias raíces es un trampolín que nos sume —con el consiguiente chapuzón repentino— en un estimulante despertar de la conciencia individual; o si, por el contrario, constituye un lastre que impide el avance seguro al obligarnos a la navegación de cabotaje por entre islotes en los que se guarecen tribus recelosas de cuanto proceda de la orilla opuesta de un océano impenetrable. En la Edad Moderna, Italia fue siempre un exquisito laboratorio experimental al que los cachorros del *Grand Tour*, aquellos que al regreso estaban destinados a desempeñar cargos influyentes en el seno de la administración pública británica, ya acudían en busca de emociones políticas y sociales muy fuertes. Poco ha cambiado, tal vez, en el siglo XXI, por más que sean otros colectivos volcánicos, también a orillas del Mediterráneo, los que suscitan hoy una curiosidad mayor.

He querido alejarme de una redacción condicionada por un itinerario planificado con criterio rígido. He buscado, en cambio, que el texto reflejara el vagabundeo sin rumbo que se halla en el meollo semántico de los verbos ingleses *wandering* o *rambling*, tan recurrentes en los textos del género de la literatura de viajes desde su eclosión romántica. Y, amparándome en aquella tradición de la Europa norteña, he buscado el estímulo necesario para proseguir el viaje en los textos y diarios de quienes me han precedido y en las conversaciones entabladas con quienes he ido tropezando a lo largo de este deambular tan peripatético. Me he propuesto que la relación de nuestro viaje no consistiera en una colección de estampas paisajísticas y sí, en cambio, en un texto polifónico que contuviera las palabras que he escuchado al pasar o cuyo recuerdo ha aflorado al bucear en la memoria de un pasado no demasiado lejano, que permitiera ver empáticamente con la mirada de quienes en dichos territorios viven o han

vivido. Y sobre todo con la mirada de los muchos nómadas que a aquellos mismos lugares llegaron, permanecieron por un tiempo y luego los dejaron a sus espaldas. Me he propuesto redactar un texto que recogiera, asimismo, la invitación a la lectura de otras obras ligadas a los rincones geográficos por los que pasamos en estas páginas, las cuales debieran servir de plataforma de embarque desde la que emprender acto seguido el verdadero viaje.

Partimos con toda premeditación de la Trieste mestiza y canalla en la que a lo largo de los siglos razas, religiones y lenguas se han fundido dando consistencia a un modo muy singular de contemplar el mundo. Pasamos, luego, por las llanuras friulanas y por las marismas venecianas, antes de adentrarnos en el sublime macizo montañoso que nos sale al encuentro tan pronto atravesamos el límite territorial del Trentino y del Tirol Sur. El nuestro no es, pues, un viaje de orientación —o sea de búsqueda del *oriente*, de acuerdo con una clave etimológica a la que se aferra el empedernido viajero Paolo Rumiz—, sino de des-orientación: caminando en la misma dirección del sol y siguiendo el rastro de una conciencia identitaria que tal vez haya logrado preservarse creíble solo en valles impermeables al mundo exterior o por encima de aquellas alturas en las que la vegetación empieza a ser cada vez más rala. Ahora que el viaje ha concluido y redacto estas líneas preliminares me doy cuenta, de hecho, de que el relato adquiere progresiva elevación espiritual, pues si bien arranca a orillas del tráforo portuario de Trieste, su tramo final nos conducirá irremisiblemente a las alturas y silencios de la cordillera alpina.

En los territorios que se recorren a lo largo de este texto he vivido de manera ininterrumpida en los últimos treinta años de mi vida. De algún modo aquella geografía se ha convertido en una segunda piel, que se ha amoldado

de manera holgada a mis expectativas, deseos y aspiraciones humanas. Con aquellos paisajes he crecido, madurado y llegado a alcanzar una plena identificación que trasciende los vínculos emocionales que pudieran encadenarme al culto de la tierra natal que cada vez siento a mayor distancia, como si la contemplara desde la cubierta de una nave que ha levantado anclas y se aleja del muelle para no volver a él. Tal vez sea este grado de compromiso existencial, que tanto me liga al territorio del nordeste de Italia, el motivo por el que tan trabajoso me ha resultado dar un cierre a la redacción del texto. Siento, de hecho, que es un viaje aún no finalizado y que la obra que el lector tiene ahora entre sus manos no contiene más que un borrador destinado (me temo) a la reescritura.

Pero no nos pongamos exquisitos ni graves. Un viaje no debería ser de antemano una claudicación, sino que habría que imponerse el deber de dar una primera zancada llena de jovialidad. Tarareando, a ser posible, la melodía de una canción que rezume optimismo. Y en este momento solemne, con el petate colgado ya al hombro, no se me ocurren otros versos que los de Facundo Cabral: «No soy de aquí, ni soy de allá. / No tengo edad, ni porvenir. / Y ser feliz es mi color / de identidad». Sirvan, pues, esos versos del añorado *vagabundo first class* para poner acompañamiento musical a la partida. Con la mirada puesta, sin más, en la raya del horizonte. *Poichè lunga e diritta correva la strada.*

Levico Terme, 8 de noviembre de 2019

MELTING POT
EN SALSA ADRIÁTICA



VENEZIAN NATO E SPUÀ

A primera hora de la madrugada del 10 de mayo de 1997, un puñado de jóvenes asaltó el campanario de la basílica veneciana de San Marcos. Acto seguido, desde uno de los ventanucos más altos, se izó el estandarte histórico de la Repubblica Serenissima de Venecia. Parapetados en el angosto espacio de la habitación, en la cúspide de la torre, anunciaron su propósito de resistir hasta la muerte. Al tono enfervorizado de sus palabras se sumó la amenaza de las armas y la presencia inquietante, al pie del icónico campanario veneciano, de una tanqueta blindada que impedía el acceso a la plaza.

Poco antes del mediodía de aquel mismo sábado, una escuadra policial adiestrada en la neutralización de acciones terroristas desarmó en pocos segundos al grupo de asaltantes, que se entregó sin oponer resistencia. Solo horas después se supo que el armamento de los subversivos consistía en un fusil, por añadidura estropeado, y que la «tanqueta» no era más que un tractor revestido con planchas de metal que simulaban toscamente el porte ofensivo de un vehículo militar. Una carnavalada en plena regla. Expertos en armamento dictaminaron un tiempo más tarde que el rudimentario lanzallamas, con que la tanqueta-tractoril estaba dotado, hubiera achicharrado a sus dos ocupantes, en el supuesto caso de que estos hubieran decidido accionarlo.

Todo ello acaecía en vísperas del 12 de mayo de 1997. Dos días antes de que se conmemorara, en aquella fatídica fecha, el bicentenario de la abdicación del último *doge* y, con ella, el final de la República aristocrática, que sucumbió a manos de las tropas napoleónicas. Doscientos años más tarde, la caída vergonzosa de la *Dominante* seguía dando pie a reinvidicaciones tragicómicas. Cosas

que ocurren cuando gentes cerriles se dan un chapuzón en el mar de la historia pretérita en la que buscan reflejo consolatorio colectivo ante sus propias desdichas y frustraciones individuales.

En aquellos tiempos en los que el descontento social desbordaba hacia el exterior y llevaba a la incubación de deseos étnicos diferenciadores, seguí la farsa veneciana de los hiperventilados cachorros *leghisti* desde la cercana atalaya de Trieste, donde llevaba residiendo dos largos lustros. Por entonces estaba ya plenamente contagiado por el virus endémico de la metrópoli del Alto Adriático, impermeable a todo tipo de reivindicaciones nacionales, sociales o colectivistas. Un enclave que oponía una resistencia a la historia veleidosa. Esa a la que gusta darse garbeos periódicos por el Callejón del Gato y allí complacerse ante el reflejo esperpéntico que, sin piedad, le devuelven sus espejos deformantes. ¿Cómo no quedar inmunizado de los morbos nacionalistas al vivir en Trieste, que fue, era y es la balsa de la Medusa de los desterrados y parias del Mediterráneo? Salir cada mañana a las calles de Trieste era todo un buceo en una indefinible *Gewissen* o conciencia individual. Y que se me permita, por favor, ese palabro, ya que evoco una ciudad en la que al diurno *herr* Ettore Schmitz le entraba en el cuerpo, ya caída la noche, el *signore* Italo Svevo para cumplir así un necesario examen de autoconciencia del que dejó registro puntual en sus obras. Una indefinible *Gewissen*, pero no enfermiza. Y es que, para poder zambullirse cada día al alba en el magma triestino, no había necesidad de maquillarse, ni de cubrirse con indumentarios identitarios cepillados a conciencia para hacerlos debidamente presentables a los demás.

En pocos lugares como en Trieste se llevan encima las señas personales, las raíces a las que se les termina perdiendo el rastro en un laberinto de genealogías mestizas,

con la misma naturalidad con la que uno se embute en el abrigo en aquellos días de invierno en los que la *bora* sopla furiosa, barre los callejones de la ciudad vieja y en la que solo resisten imperturbables las legiones de gatos callejeros. En la escalera era el saludo con el vecino que se había amoldado de nuevo —tras su divorcio con una campesina friulana de las marismas del interior de Grado—, a vivir con sus padres de añeja cuna istriana. Era el asomarse, al pasar por Via della Ghega, al bazar del señor Ariel, nacido en la remota Estambul y que, pese a sus muchos años permaneciendo en pie tras un mostrador ennegrecido por las modestas transacciones cotidianas, se empeñaba en seguir sacando mentalmente sus cuentas en judeo-español, como quien le reza en murmullo apenas comprensible a un dios desconocido. Y una vez llegado al aula de Via Lazzaretto Vecchio, donde esperaban diligentes los estudiantes, dar un vistazo al listado en el que los apellidos de ascendencia latina, eslava, germánica, húngara y aún albanesa se hallaban mezclados.

Para colmo Trieste había padecido durante buena parte de la segunda mitad del siglo xx las consecuencias de haberse constituido en punto limítrofe con una estrecha *no man's land* en cuya vertiente opuesta se iniciaban las tierras del socialismo real. Una fatalidad geopolítica que, en años de gélida guerra fría, hizo que se convirtiera en trinchera avanzada del bloque occidental a tiro de granada del frente enemigo. Hasta el punto de que en los años sucesivos al segundo conflicto bélico, cuando la ciudad se hallaba todavía bajo el control de tropas anglo-americanas, terminó convirtiéndose en el primer refugio de los italianos barridos desde Istria por los dirigentes de la República Federativa de Yugoslavia, desencadenando el drama humano que Marisa Madieri reconstruyó pacientemente en las páginas de *Verde agua* (1987). Sobrecoge de

hecho pensar que los descendientes de aquella planificada limpieza étnica constituyen todavía una tercera parte de los actuales residentes en el enclave del Alto Adriático. Una circunstancia que, de algún modo, ha terminado mirando el carácter de quienes echaron el ancla en esta rada segura con la convicción de que, pasado el temporal, podría reanudarse la singladura rumbo a cualquier parte.

Trieste es urbe de desarraigados. Un campamento de prófugos de las guerras centroeuropeas y balcánicas que en ella han ido encontrando incipiente acomodo y, a menudo, nuevas señas de identidad. A partir de la década de los años cincuenta, cuando del otro lado de esta frontera, entonces discutida, triunfó el titoísmo y se desató la primera de una larga secuela de depuraciones étnicas, en Trieste hallaron refugio las gentes istrianas por cuyo enloquecido mapa genético fluían ascendentes germánicos, eslavos, húngaros y venecianos. Ese era el caso de Fulvio Tomizza (1935-1999), que había nacido en una aldea de las inmediaciones de Buie, hoy bajo bandera croata.

Daba Tomizza la sensación de ser un hombre muy de paso por la vida. Permanentemente en tránsito por una ciudad en la que, sin pretenderlo, había terminado echando raíces y que pese a todo parecía irle ancha, como cayéndole de los hombros. Será la índole enfermiza que padece todo enclave de frontera, donde la provisionalidad acaba empapando todo y a todos y no hay más que actos fugaces. Será que la mayor parte de quienes caminan durante el día por sus calles recalán en la ciudad sabiendo que la dejarán al poco tiempo; tanto quien se ve forzado a hacer allí las últimas compras, antes de saltar de nuevo a tierras eslavas del interior de la península balcánica, como el viajero que se predispone con paciencia a hacer frente a una larga espera antes de poder embarcar con su automóvil en el buque en el que navegará lentamente

hasta Patrás. Pero Tomizza era un caso con su pizca de circunstancias diferenciales: era un exiliado en una ciudad de exiliados.

Vivía recluido en un apartamento que sobrenadaba las copas de los árboles del parque público. Ese Giardino Pubblico, tan decantado hoy en algunas de las páginas de Claudio Magris, y antaño en las de Italo Svevo —perdón, en las de *herr Schmitz*—. Hasta los ventanales de aquel apartamento llegaba la redondez benévola de la cúpula de la sinagoga, a escasos centenares de metros. Nada distinguía su vivienda de las acostumbradas viviendas de la burguesía triestina; salvo quizás una desnudez esencial en las paredes y en la decoración, donde de repente la mirada se daba de bruces con un candelabro de siete brazos que pedía a gritos un buen bruñido. En el centro de los vastos salones, de múltiples puertas que intercomunicaban las habitaciones las unas con las otras, se habían dispuesto escasos muebles. Como si quien vivía en aquella casa llevara allí tan solo unos pocos días o, por el contrario, estuviera aguardando a que los empleados de las mudanzas regresaran para cargar con los últimos fardos y desaparecer así para siempre.

Solo una habitación se intuía distinta a las del resto de la casa: era el estudio del novelista. Me hubiera gustado ver su cubil y acaso fotografiar allí al escritor, en pleno trabajo, en además reflexivo, con la barbilla reposando en su mano y el codo apoyado en el escritorio atestado de papeles, bajo el haz luminoso de una lámpara que dejara el resto en penumbra. Pero Tomizza hizo oídos sordos a una propuesta que debió antojársele avasalladora. No pude más que entrever aquel rincón, al recorrer el pasillo o esperando a que regresara de su interior con un ejemplar de *La città di Miriam* (1972) entre las manos, insistiendo a voces desde el otro lado de la pared para que aceptara el

obsequio del último volumen que le quedaba de la novela publicada veintidós años atrás.

Al mundo exterior poco filtraba. Se sabía que Tomizza seguía en vida porque una vez al año, con una periodicidad maniacal, los escaparates de las librerías del centro daban publicidad a la última fatiga del escritor istriano de nacimiento y triestino de adopción, gloria local a la que se le rendía pasajero tributo. El resto era silencio. No hubo en vida ni cargos oficiales, ni puestos de honor y ni siquiera un lugar reservado entre las mesas de mármol del Caffè San Marco, hoy elevado a rango de cenáculo literario y por el que Tomizza no se dejaba caer nunca, pese a estar situado a pocos pasos de su casa. Intuyo que purgaba aún pecados de juventud, pues no se había sumado a la primera oleada de desterrados istrianos y en cambio había claudicado ante el nuevo invasor, en cuyas capitales (Belgrado y Liubliana) había seguido estudios de cine y dramaturgia. Pero a lo mejor todo esto es hablar por hablar. Tal vez no hubiera en el fondo más que la voluntad de clausura de quien aspiraba en los últimos tiempos a ser olvidado por todos.

Y, sin embargo, no era hombre que pasara fácilmente desapercibido. Incluso su lenguaje atrapaba o *invischiava*, para decirlo con raro verbo italiano que sé que hubiera sido tan de su gusto. Así fue en mi caso, cuando en otoño de 1987 lo escuché en Trieste en el transcurso de una de sus tan escasas apariciones públicas, embutida incomprendiblemente en un anodino congreso sobre literaturas de frontera. Fue una intervención breve e improvisada en la que Tomizza habló, con oratoria desprovista de ornato, de *Materada*: la población natal que fue asimismo escenario de la novela homónima que a los veinticinco años le había proporcionado fama y dinero. No me fue fácil seguir el hilo de sus evocaciones porque me resultó

inaferrable una parte del léxico que empleaba. Que más tarde, sucumbiendo a la curiosidad, volví a registrar en las páginas de sus obras. Y también (pero aún más tarde) en los autores clásicos de las letras italianas de la Antigüedad, para los que *divertire* equivale a «separar», *scornare* a «avergonzar» y *arzigogolare* a «suponer, conjeturar»; términos todos ellos que la homologación del italiano de hoy ha suplantado con los más neutros *separare* / *allontanare*, *(s)vergognare* y *suporre*. En varias ocasiones me ha asaltado la duda de desentrañar cómo Esther Benítez, traductora de *A mejor vida* (Alfaguara), o Mina Pedrós, que ha vertido por su parte al español *La simulación de María* (Planeta), habrán afrontado el escollo lingüístico de una prosa solo aparentemente desprovista de asperezas. Queda esta tarea para quien desee calibrar el traslado de voces arcaicas supervivientes en ámbitos rurales y de léxico empleado con acepción puramente etimológica.

En verano de 1991 la guerra arreció en los territorios yugoslavos, con una virulencia que prefiguraba su disolución. En Trieste se observó de manera distinta que en el resto de Italia el torbellino que asoló a su paso, con fuerza creciente, la geografía eslovena, croata, bosníaca y, que luego, como esperando a la agonía de Tomizza, se abatió sobre la provincia de Kosovo y desencadenó a su vez una represalia internacional contra Serbia. Cuando en la primavera de 1992 estalló el conflicto en Bosnia se dio inicio a las metódicas operaciones de limpieza étnica de los valles balcánicos. Y mientras los primeros convoyes de prófugos llegaron a la estación ferroviaria de Opicina, en las inmediaciones de Trieste, reviví lo que antes había leído en las páginas de Tomizza en *Materada* (1960). Pensé que ninguna obra como aquella, publicada tantos años atrás al calor del segundo conflicto mundial, conseguiría comunicar al lector español con igual intensidad el drama

que se estaba repitiendo en el corazón de los Balcanes. Que yo recuerde, ha sido la única ocasión en la que he llegado a improvisarme en algo que vagamente recordaba la labor de un concienzudo agente literario: traduje uno de los capítulos de *Materada*, redacté un informe de la novela y me puse en contacto con las editoriales españolas que juzgaba podían apostar por una obra tan ligada a la fatalidad adriática. El propio Fulvio Tomizza, tan refractario a convertirse en publicista de sí mismo, colaboró con medido entusiasmo al proyecto. En una ocasión hasta llamó a altas horas de la noche porque de repente había recordado que años atrás asesores de Alianza Editorial habían mostrado interés por traducir *L'ereditiera veneziana* (1989). Un proyecto que no había cuajado. Como no cuajó tampoco el de divulgar *Materada* en nuestra península. Desde entonces no volvimos a encontrarnos.

El 21 de mayo de 1999 Fulvio Tomizza falleció en Trieste, la ciudad en la que le tocó vivir durante la mayor parte de su vida. Pocos días después se trasladó el cuerpo a *Materada*, para ser enterrado en el pequeño cementerio rural. «Todo —diría tal vez hoy— termina por volver al lugar al que siempre perteneció». Me gusta imaginar que, por entre los olivares de los campos de su infancia, su espíritu yerra al fin nostálgico. Así, a la manera juanramoniana.



El libro que tiene entre sus manos se acabó de imprimir al poco de conmemorar los cien años transcurridos desde que se hizo efectivo el Tratado de Versalles con el que se impuso la paz entre el Imperio alemán y los países del bando aliado, entre ellos Italia. Una gran extensión de los territorios vinculados desde antiguo a la conocida como Mitteleuropa se anexionaron al norte de Italia.

COLECCIÓN FUERA DE SÍ

*Un paseo literario por el mundo a través
de autores y viajeros de hoy.*

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

CO#7 *En el barco de Ise*

Viaje literario por Japón - SUSO MOURELO

CO#8 *El tiempo de las mujeres*

Crónicas asiáticas - ÁNGELES ESPINOSA

CO#9 *Chuquiago. Deriva de La Paz*

MIGUEL SÁNCHEZ-OSTIZ

CO#10 *El ladrón de recuerdos*

Viaje por río a través de Colombia - MICHAEL JACOBS

CO#11 *Heridas del viento*

Crónicas armenias - VIRGINIA MENDOZA

CO#12 *La memoria de la Tierra*

Kimberley o el Far West australiano - RAFAEL MANRIQUE

CO#13 *Una huida imposible*

California y sus escritores - TONI MONTESINOS

CO#14 *El soñador errante*

De viaje con Pierre Loti - ÁLEX FRAILE

CO#15 *La otra Grecia* *Viajes a Salónica, Macedonia
y los Balcanes del sur* - MARTA MONEDERO

CO#16 *La naturaleza del silencio*

Nueve meses entre cien habitantes - SUSO MOURELO

CO#17 *La India en que viví*

ALEXANDRA DAVID-NÉEL

CO#18 *Las Tres Venecias*

Viajes por la Italia mitteleuropea - JORGE CANALS PIÑAS



El nuestro no es un viaje de orientación sino de des-orientación: caminando en la misma dirección del sol y siguiendo el rastro de una conciencia identitaria que tal vez haya logrado preservarse creíble solo en valles impermeables al mundo exterior.

JORGE CANALS PIÑAS

Hace un siglo, toda una vasta área del nordeste de Italia, ligada desde antiguo a la Mitteleuropa, abrió nueva página. Cien años después del Tratado de Versalles el mapa de las potencias centrales austroalemanas y los países que conformaron el heterogéneo bando aliado trazaron un nuevo mapa que tuvo consecuencias en esta región conocida como el Trivéneto y formada por Trentino-Alto Adigio, Véneto y Venecia Julia. Hoy sigue siendo un territorio de frontera en el que siglos de compleja convivencia entre culturas, religiones, y lenguas conforman una fascinante argamasa cuyas raíces y enmarañados sentimientos de pertenencia afloran a ras de piel.

Desde las marismas venecianas a las llanuras friulianas o las alturas alpinas, su autor, que lleva tres décadas transitando por este espacio centroeuropeo, más político que geográfico, vagabundea interrogando a escritores, líderes sociales, artistas o viajeros de todo tiempo para comprender el sentido de dos palabras fetiche: *Gewissen*, o conciencia individual, y *Heimat*, lugar de origen. De Fulvio Tomizza o Marisa Madieri a Reinhold Messner o Freya Stark; de Robert Musil a Goethe o Gustav Mahler. Paisaje y paisanaje se funden en un emocionante magma con el que el viajero nos deleita desde una prosa amena y rigurosa.